

EL MUNDO DEL TREN, U EN LA MENTE

La Organización de las Naciones Unidas ha declarado a 1979 Año Internacional del Niño. Es un hecho que nos obliga, una vez más, a insistir sobre la importancia que los pequeños conceden al ferrocarril, la enorme fuerza sugestiva

"FA, FA, FA..., FA, FA, FA..., PIIIII..."

Allá van, en el patio del colegio, seis niños cogidos por la cintura, con una mano y con la otra, intentando recordar el movimiento de las ruedas del tren. ¿De qué tren? Porque trenes hay, ha habido muchos y diferentes.

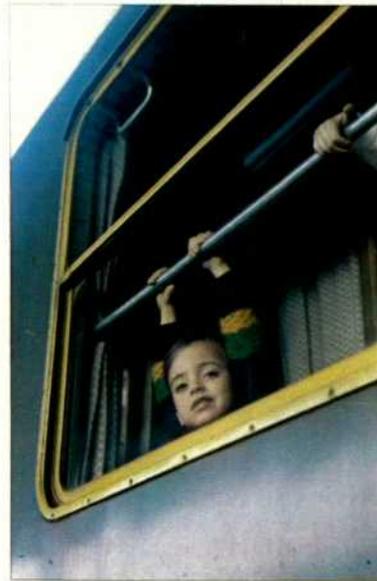
Pero los niños, muchos niños, siguen repitiendo en sus dibujos escolares ese tren compuesto de vagones representados por rectángulos de vértices imposibles. Y algo así como un cordón que une los vagones, y también, eso sí, no falta la máquina con su espiral de humo negro, ni el maquinista con la cara tiznada.

¿De dónde se sacan los niños ese tren? Ese tren puede ser, en todo caso, el de sus padres; tal vez ellos les han transmitido en alguna narración esa imagen, o la han visto en sus cuentos, o les ha que-

dado el recuerdo de alguna película de hace años, con la leña y el carbón alimentando incansablemente la máquina de un tren que corre huyendo de los indios, o que ha de llegar a tiempo de salvar la vida de la "chica".

Es distinto nuestro tren que el tren de nuestros hijos; es diferente el atractivo que ejercía sobre nosotros, niños de hace veinticinco o treinta años, que el que sienten por él nuestros crios de hoy.

—A mí me gusta ir en tren, porque me compran tebeos para que me entretenga y algunas golosinas; mi padre se suele dormir un rato y mi madre está tranquila sin decirle todo el rato: vete más despacio... Mi hermano pequeño, el de tres años, hace lo que le da la gana, siempre encuentra alguien que le dice cosas, y mi madre pa-



rece que se pone más fina para decirle que vuelva a su sitio, que le perdona el señor al que está dando la lata hace un rato...

El niño que habla está haciendo, con acierto, una descripción del cambio de comportamiento que se opera en los miembros de su grupo familiar cuando viajan en tren. El niño comprende que el tren es un pequeño mundo en el que conviven diferentes grupos de personas, que, de una forma u otra, avanzan hacia un fin común: llegar a un lugar. Esa circunstancia de tener que contar con los demás condiciona la actitud de sus padres. El niño lo percibe y en muchas ocasiones se aprovecha de ello para hacer pequeños chantajes a esos padres.

La niña que yo era hace treinta años percibía el tren como una situación con más misterio, con más problema, menos transparente, y no sólo por la presencia del hollín. También había, en cierto modo, una mayor objetividad.

A pesar de que Bilbao era final y principio de trayecto, había que ir con tiempo: un viaje era algo importante, para mi padre era esencial llegar con tranquilidad, coger asiento, esperar con tiempo a que el tren tomara la salida. Porque había que coger sitio y podía resultar una aventura; entonces no había reservas, no en la clase en la que yo viajaba.

Primera, segunda y tercera clase. Y luego, coches-cama. Muchas clases y una sensación de barrera entre cada una de ellas. Los niños de hoy parecen, tal vez sólo pare-



UNA FABULA RECREADA DE LOS NIÑOS

del tren sobre sus vidas, sea por vía de aprendizaje, sea por simple intuición. María Angeles Juez recoge en el presente artículo las vivencias de un niño en el ferrocarril, un viaje entre imaginario y real, entre activo y evocado.



ce, sentir menos esas diferencias.

—A casa de mis abuelos yo prefiero ir en tren y no en coche. Porque cuando vamos en coche nos paramos en más sitios y nunca llegamos a una hora fija. Si vamos en tren, mis abuelos salen a esperarnos a la estación, y a mí me gusta mucho verles cómo miran hasta encontrarnos. Siempre me encuentran muy alta.

“A mí lo que no me gusta es que no me dejan ir con vaqueros. Mi madre se empeña en que vaya bien puesto, como ella dice, porque casi siempre nos encontramos con alguien conocido, y a mí me parece que le gusta presumir de hijos. Lo que yo prefiero es cuando me dejan ir a la cafetería, y voy y vengo. Siempre veo algún tipo raro que se ha quedado dormido con la boca abierta. Luego, vuelvo con mi hermano y se lo enseño”.

COMO UN EXPERIMENTO

El tren representa para los niños un experimento: pueden sentir a sus padres, a su familia, haciendo un papel diferente al habitual. Pueden sentirse más cerca de ellos, porque mayores y pequeños están ante una situación que no es la cotidiana. En cierto modo les iguala: descoloca a esos padres de su entorno diario y, si se sabe aprovechar el momento, va a ser muy positiva y muy satisfactoria la relación un tanto diferente que se puede establecer entre padres e hijo.

La guardia que algunos padres mantienen, inconscientemente, frente a sus hijos, se afloja, o al revés, la defensa se endurece, y el comportamiento se hace más inflexible, más esquemático. Los chicos lo notan.

Las estaciones, hace treinta años, más o menos, eran lugares, más que hoy, pienso, en los que se podía abrir la puerta del sentimiento. En otras situaciones era más difícil.

Cuando yo iba en el tren me gustaba imaginar la historia de las personas que se despedían. Aquella pareja... ella era guapa, él no tanto; él estaba muy serio, ella parecía que se iba a echar a llorar. Seguro que no se iban a ver en mucho tiempo, tal vez sus padres no les dejaban salir juntos...

Y los que esperaban la llegada del tren en alguna estación intermedia: un hombre y una mujer que se abrazaban muy fuerte y no se decían nada; les debía haber pasado alguna desgracia muy grande. Y aquel señor muy mayor, que se ponía a llorar cuando abrazaba a un soldado que se reía mucho. Te podías imaginar tres o cuatro historias diferentes por cada persona que veías.

—Pues yo no he hecho nunca un viaje largo en tren, pero siempre que ponen en clase una redacción saco el tren por algún lado; puedo hacer que pase por caminos raros, montañas y ríos; me invento personajes que se escapan o que van a buscar a alguien que no han visto hace mucho tiempo. Yo me invento muchas cosas con el tren.

"Yo prefiero los trenes de juguete; me echaron uno, por Reyes, hace dos años, y luego me han ido comprando más vías y máquinas y vagones. Pero sólo me dejan ponerlo de vez en cuando, porque dice mi madre que le ocupamos una habitación y que no puede hacer nada. Lo que más me gusta es cambiar los recorridos y hacer que pase por distintos pueblos y poner túneles, y también, de otros juegos que tengo, pongo corderos y caballos que están por el campo.



ESTIMULANTE DE LA CREATIVIDAD

El tren parece potenciar la creatividad en los niños. Les da un lugar de exploración en el que sus padres, con alguna precaución, les dejan libres de ir, volver, sentarse, asomarse "con cuidado", leer, preguntar. Al su alrededor, personas desconocidas, pero cercanas por unas horas. Tal vez personas que no van a volver a ver en su vida y que durante un tiempo, unas horas, dan lugar a simpatías que se traducen en un cambiar de asiento porque desde esa ventanilla se ve mejor, o en unos caramelos que esa señora que se parece a la abuela saca, de vez en cuando, del bolso que lleva sobre las rodillas.

Fantasías, fabulaciones, que los chicos echan a volar en su viaje de tren: ¡qué antipático el hombre que se sentaba enfrente!, no había sonreído ni una sola vez, y cuando el niño iba al lavabo, parecía que le molestaba dejarle pasar. Cuando llegó a su estación no le esperaba nadie.

Preferencias, antipatías, sin una causa concreta, en ocasiones, que sitúan a los niños en la posibilidad de ser más sensibles a los que les rodea por unas horas.

UN INTERES POR EL CAMBIO

De juguete o de verdad, el tren parece desarrollar en los chicos

una tendencia al cambio. Desde la ventanilla de ese Talgo que corre a través del campo, el niño puede imaginar cómo se vive en esa granja que ve pasar fugazmente; cómo son esas mujeres que, con la cabeza cubierta, miran serias al tren que pasa: qué comerán hoy esos crios que corren allá lejos. ¿Lo imagina teniendo en cuenta la realidad o se lo inventa cambiándolo a su gusto?

Como ese chico que juega con su tren, y cambia los lugares por donde pasa, y pone personajes donde no los había un rato antes, y simula un descarrilamiento, y organiza un salvamento. Cambiar y ser protagonistas del cambio,



explorar, descubrir nuevos entornos, nuevas facetas de las personas cercanas a él, encontrar otras gentes: son algunas de las situaciones que atraen a los crios en el tren. Una atracción que cambia, pero permanece a través de los años.

—La niña que yo era hace treinta años recuerda los viajes en tren como una aventura que unía dos ciudades, para mí, entonces muy lejanas: Bilbao y Burgos. Para pasar de la Gran Vía bilbaina a El Espolón burgales, transcurrían unas cuantas horas de aventura en tren. Las gentes, la estación, el campo, los bocadillos, el pañuelo limpio, todo era diferente durante esas horas.

"Ya se sabía, en los viajes se estropeaba mucho la ropa; había que llevar algo de "batalla", nada que fuese de los domingos. Pero eso sí, dos pañuelos muy bien planchados, para la nariz y para las manos. Había que lavarse varias veces y sobre todo limpiarse la nariz: después se contemplaba, con delectación de deber cumplidos, el rastro negruzco que en el blanco del algodón había dejado el hollín de nuestras ventanillas nasales...

Al niño que viaja a mi lado le ha sonado la nariz su madre. Está dormido desde hace rato. Durante un tiempo ha estado intrigado por lo que yo escribía: luego hemos hablado: me ha contado que volvía a su casa, después de haber estado unos días con sus tíos. Se lo ha pasado muy bien con sus primos; su madre le ha dicho que me deje en paz; me ha explicado que sí, que se cria muy bien, que es cierto que está muy alto para los cinco años que tiene. Y el niño, que se llama Miguel, se ha puesto un rato a escribir en un cuadernito que llevaba; luego ha dibujado, después se ha comido un bocadillo y se ha dormido acurrucado contra su madre.

Ellos siguen; yo voy a preparar mi bolsa de viaje y mi abrigo. Hemos salido a las siete de Madrid, en el "Puerta del Sol", que sigue hasta París. Pero yo me quedo en Miranda de Ebro. Son algo más de las once y media. Llegamos bastante bien; me están esperando. ■ MARIA ANGELES JUEZ.